AÑO XIII. — Nº 584.

EL DIA

MONTEVIDEO, MARZO 26 DE 1944



TURISMO

LAS RUTAS DEL URUGUAY CAMBIAN A CADA KILOMETRO EL PAISAJE, PRESENTANDO UN DISTINTO DECORADO A LA VUELTA DE TODO CAMINO. ESTA NOTA, BIEN CARACTERISTICA DEL CAMPO CRIOLLO, FUE TOMADA EN UNO DE LOS TRAMOS DE LA CARRETERA DE SAN CARLOS A ROCHA.

(FOTOGRAFIA DEL Sr. ELADIO LAMAS).

LA LAGUNA NEGRA

No ha mucho que con los camaradas de la sociedad científica "Amigos de la Naturaleza", emprendí un viaje de exploración hacia las regiones orientales de nuestro país, exornadas por las moles de piedra de las fortalezas de Santa Teresa y San Miguel, de las cuales habremos de ocuparnos en páginas que muy pronto verán la luz.

Poco después de abandonar la ciudad de San Carlos, y en suave curva, la carretera, siempre próxima al gran río, va levantando su dirección Este hacia el Norte, obediente a las costas mismas modeladas en forma de arco gigantesco por el eterno combate de las aguas oceánicas, arco de arenas leves, de médanos peregrinantes y de peñas trágicas, emocionado por el canto azul de las aguas o por el crispado alarido de la tempestad.

Antes de llegar al pueblo de Castillos, vemos resplandecer a la laguna del mismo nombre, enorme pupila de párpados de junco, que desmaya en azules suavísimos esa mirada de novia que no puede desatarse un solo instante del cielo. Hacia el Norte de la carretera nos acompañan las lomas y los cerros de la Cuchilla de la Blanqueada, largo levantamiento de rocas y fértiles tierras, por dónde trepan, recios y tenaces, los árboles indígenas, y muro de voluntad ciclópea que contiene a los Bañados de San Miguel, cuyas profundas lejanías de agua y lodo dan patria al ave acuática, que inmoviliza entre los camalotes su signo hierático, y a las flores casi inmateriales a fuerza de delicadeza y sensibilidad, cuando ebrias de sol, y tembladas por el aire, emergen del infinito misterio cual sonrisas de matiz y perfume que se desprenden del silencio. Hacia el Sur corren en su trayectoria sinuosa las lomas de Narváez, dándole un firme relieve y una más áspera audacia a la flecha de arena y roca que se clava en el mar por debajo de la laguna, una de cuyas salientes forma el Cabo Polonio, y cuyo final extremo es la filosa Punta del Diablo. El camino por donde avanzamos bordea la costa. Corta a veces los solitarios palmares de Castillos. Es la media tarde. El sol violento, viril arquero, hace vibrar todavía las caprichosas columnatas de aquel templo viviente, cuya cúpula es él cielo mismo. Las hojas nuevas, de tiernos matices verdes, se levantan como himnos del astro. Las hojas adultas se curvan hacia la tierra, oscurecido ya el color, quemadas a veces por las llamas del verano. Y las más viejas, caídas sobre la fresca esmeralda de la llanura, muelen silenciosamente sus fibras, y las devuelven al seno de la gran madre. Y así el árbol entero sintetiza, en las líneas y colores, el vasto drama de la vida y de la muerte.

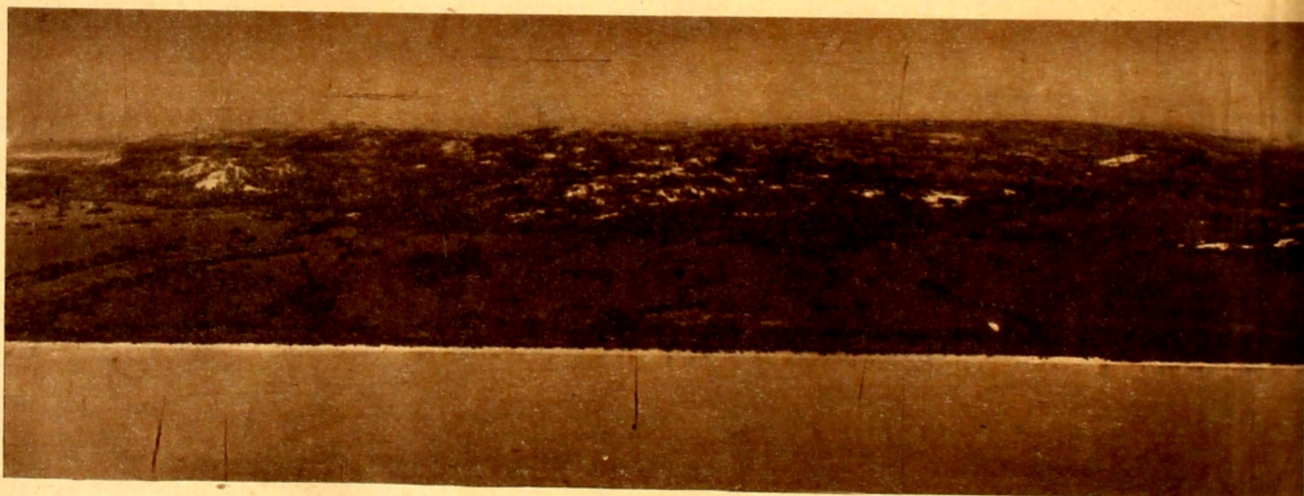
Castillos es un pequeño y humilde pueblo, cuyo callado adormecimiento, sólo se interrumpe por la trepidación de los autobuses que suben, a marcha lenta, por su rugosa calle principal, donde algunos comercios reúnen al distraído y letárgico vecindario. Colocado el caserío entre la laguna de Castillos y la laguna Negra, parece, en su paz profunda, hipnotizado por esas dos anchas y lejanas pupilas. Sus viviendas están distribuídas en un plano de marcada inclinación, y se diría, que fatigadas de treparlo, se hubiesen detenido para siempre, unas colocadas en geométricas hileras, otras lanzadas en un azar de juego de dados. Las miradas de los niños, de ojos a la vez oscuros y brillantes, nos siguen, entre sorprendidas y curiosas. Al salir de Castillos, la carretera se bifurca. Su brazo más pequeño es el del Camino de los Indios. Ese nombre nos toca el corazón aventurero, y se nos impone por una ignota atracción. Torcemos, pues, hacia un Norte más decidido, resolviendo volver a nuestro regreso por la carretera de la Angostura, larga franja firme, que a modo de puente, apoya sus soportes en el Océano y en la Laguna Negra, en una pasión de tempestad y ebrio oleaje, y un amor de sombrío amatista y tácito misterio.

El Camino de los Indios bien merece tal nombre. Y no porque los haya, sino por lo que tiene de imprevisto, por lo grandioso y entrañable del paisaje que atraviesa, por lo primitivo y solitario de las tierras que lo rodean y por las cuales taja su huella roiza y ocre; porque arrancando de la altura de una loma mordida por el sol, se precipita hacia abajo en un combo y rápido descenso, que hace pensar en esas caídas de la memoria hacia los tiempos pasados, acaso de cuando aquellas llanuras y cuchillas, palmares y lagos, eran de la raza de bronce, de cuando aquel aire límpido y ágil era hendido por la emplumada flecha o la boleadora desprendida, a la vez, por una mano ruda y una voluntad caliente. Mientras pensamos en todo esto, como invasores, y rememoramos las viejas razas abolidas, la ruta se levanta, imperiosa, tras un horizonte cuyo arco se precipita vorazmente al cielo, como en un arranque de águilas. Hacia la izquierda de la ruta, la tierra amarilla va reverdeciendo y sube hacia las cuchillas remotas, dentadas por rugosos bloques, entre cuyas grietas los árboles porfían en la búsqueda del agua vital, pasión de las raíces. Hacia la izquierda se prolonga una húmeda hondonada donde las palmeras dibujan con sus troncos y sus flecadas copas, los más inextrincables laberintos. Nos detenemos un instante. Una carreta, dorada de juncos y totoras, avanza hacia nosotros lentamente. Los bueyes, de humilladas cornamentas, mueven a compás sus flancos lustrosos. El carretero, con su larga picana en la mano áspera, aguija por momentos a los mutilados bovinos. Marcha detrás el perro, de cuya abierta boca emerge la llama de su lengua, mientras destila un hilo de cristal, continuado y transparente como su fidel



HE AQUI UN AGUA QUE PARECE MANAR DEL MISTERIO, UN AGUA DE TINAS PARADOJALES QUE SE LLAMA, NO SOLO LAGUNA NEGRA, SINO LAGUNA DE LOS DIFUNTOS

dad. El silencio se abre enternecido a una vieja canción de la raza gaucha, amorosa y triste, y las notas, enlazadas a los versos, caen y se pliegan a la soledad, túnica del canto sobre las florecillas y las matas de los prados. Frente a nosotros se rompe el canto con un saludo grande como la sencillez. Nuestra emoción se contrae deseosa de no desprenderse de aquel instante lírico. Del único rancho clavado en aquellas lejanías, se levanta una columna de humo perezoso. Nada más humilde. Muros de la misma tierra que pisamos, totora que hace un año crepitaba su flores en la primavera. Y sobre esa tierra y esa paja la tierra y la paja con que el hornero arquitecto, sin más herramienta que el mismo pico con que come y canta, labró su nido amoroso. ¿Hasta dónde la urbe puede destruir ese garfio ancestral que nos ata a la naturaleza? Sí, nuestra emoción se contrae deseosa de no desprenderse de aquel instante tan humano, mientras el au-



BAJO LA LUZ OBLICUA, LA LAGUNA NEGRA RESPLANDECE COMO UNA MENTIRA DE SU PROPIO NOMBRE. (FOTOGRAFIA AEREA).



ENORME PUPILA DE PARPADOS DE JUNCO, QUE DESMAYA EN AZULES SUAVISIMOS.

tobús de entrañas de hierro, hijo titánico de nuestro siglo, renueva su marcha, y con su ciega proa desgarra, indiferente, las profundidades de aquel cuadro lírico. Roto el tiempo, el pasado se sumerge más en el pasado, y el presente se arroja enloquecido hacia los desconocidos oleajes del futuro.

Inclinada la vista hacia la izquierda, el ojo avizor ve brillar a la Laguna Negra, que bajo la luz oblicua resplandece como una mentira de su propio nombre. Para llegar hasta ella, es necesario que nuestra mirada atraviese una larga distancia, saltando sobre las columnas y los caprichosos templos que improvisan, en cambiante arquitectura, los troncos y las techumbres verdes y movibles de las palmeras. Cuando el camino asciende o culmina en alguna loma, la laguna dilata su profundo espejo ante nuestro deseo de abarcarla en todo su contorno. En ese instante, ya inclinado el sol hacia el último tercio de la tarde, el lago aparece como una vasta lámina de acero batida por los miriádicos herreros de la luz. Su curva ovalada y su resplandor heroico y metálico, en la potencia del paisaje primitivo que lo circunda, contemplados desde tan lejos, lo asemejan a un escudo gigantesco que hubiese cubierto el pecho de los guerreros cósmicos en los vehementes combates del caos incoercible contra las leyes supremas del universo, cuando la epopeya de los astros.

Ocho días después, al retornar, nos encaminamos hasta la Laguna Negra, partiendo desde el Fuerte de Santa Teresa, en el primer tramo de la Angostura. El viento salado, algo impetuoso, diluía sabrosamente su leve sal en nuestra lengua, y volcaba en las sutiles cavernas del oído el trueno innumerable de las olas. Era al amanecer. Libres pájaros, sacramente respetados en el Parque que rodea a la Fortaleza, entraban a la luz en el primer vuelo del alba, y cual flechas vivas rozaban el aire con su instinto de juego y aventura en el zumbido de las alas, o encendidas las gargantas en el amor, chisporroteaban el canto como un polen de música. Por grados la Laguna Negra fué apareciendo. Una bruma de plata y ópalo sueño y ensueño del agua, era desgarrada y diluída por los eléctricos nervios de las brisas del mar. La luz entraba al lago en una orgía de oro, cual si quisiera deslumbrar aquel ojo de sombras amatistas, de oscuras gradaciones, esfinge líquida que acrecienta más su misterio a medida que la mañana la aleja de su hermana la noche, sumergiéndose, diáfana y heroica, por aquellos sufridos azules e insondables violetas recostados en lechos de tenebrosas profundidades. He aquí un agua que parece manar del misterio, un agua de tintas paradojales, semejante a la del sombrío río de los muertos por donde el barquero de Atropos conducía a las almas al Hades subterráneo. En vano al avanzar la proa del día rompe su luz desde las llamas de los leones del sol. La tierra es verde; las sierras se azulan en lejanías quiméricas; el iris ha llovido sobre las flores; las nubes blanquean sus flancos; ópalo nieva en el plumaje de los cisnes; pálidos rubíes caen a las alas de las garzas; zafiros fluyen en los arroyuelos que descienden desde las lomas lejanas; mas la laguna, pozo de la esfinge, no puede evadirse, ni aún al mediodía, de su sombría amatista. Más firme es aún aquel tono profundo al estar bordeado por dorados o albos arenales donde la onda oscura muere incesante en una sonrisa de espumas blancas, cuando no de juncales y totoras que el sol ha quemado ya en tonos calientes de oro y bronce, espadas de fuego donde la brisa deshace su túnica celeste.

Nos obsesiona aquel color. Mientras orillamos el inmenso receptáculo, donde bien podrían caber los instintos y las pasiones infernales, el mediodía cayó recto sobre el



INMENSOS MEDANOS EN UNA DE LAS ORILLAS DE LA LAGUNA.

agua sin que sus ejércitos luminosos pusieran en fuga a los negros guerreros que vigilan la gravedad de aquellas aguas de enigma y silencio. Chirriaron en la siesta las metálicas cigarras. Miriádicas aves hundieron su sombra rápida en la sombra eterna del lago. La tarde inclinó hacia el Oeste la rueda de las horas, y tras de los cerros de Navarro comenzó a naufragar un sol de salvaje púrpura, que ensangrentó las ásperas lejanías en un ocaso de batallas donde las nubes mostraban sus senos heridos, y las crestas violentas de la Cuchilla semejaban cascos de inmensos guerreros empapadas por la sangre dolorosa de las agonías. Hubo un instante en que el agua oscura se abrió como un alma, y los inmensos muertos del crepúsculo fueron tragados por aquella Estigia, que se llama, no sólo la Laguna Negra, sino la Laguna de los Difuntos.

Y comenzó a hacerse la noche. El pico de una estrella abrió la bóveda altísima y engarzó su breve luz en el ébano arcano. No, la noche no descendía hacia la Tierra. Yo la veía levantarse de la laguna, medrosa aún, temblando sus nervios de música en las liras invisibles donde canta el misterio sus melodías no escuchadas. El éxtasis apoyó en mi frente su prodigiosa revelación. Por un instante me inmovilicé alucinado y temeroso. El paisaje era de una grandeza y de un poder que arrodillaba el alma. Hubiese gritado para no ser vencido por el enigma. En aquella soledad, frente a las aguas tenebrosas, el vuelo de las aves nocturnas parecía encerrarme en los antiguos círculos de los encantamientos. Lo sobrenatural emanaba, terrible, de las cavernas de la tierra, y los ojos se asían a las estrellas para no caer, tan a fondo, en los callados vértigos de la esfinge nocturna. Estaba perdido, y no sabía cómo regresar al viejo Fuerte, cuya mole había sido devorada por la oscuridad. De pronto sentí el paso de una cabalgadura. Me alegré y temí a la vez. Una voz antigua y lenta entró a mi oído con un tono de humana bondad y de grave experiencia. Era un viejo gaucho hecho a aquellas lejanías.. Gentilísimo y comprensivo, resolvió acompañarme y conducirme. En la sombra no pude adivinar bien sus años. Lo imaginaba de profunda ancianidad, más indio que blanco, con la frente labrada de surcos, y sobre los surcos de la frente, los signos donde el tiempo escribe las historias y las leyendas. La luna estaba ausente del cielo. Me pareció al principio que del poncho de mi acompañante caían gotas de agua sobre la hojarasca, y hasta pensé si no sería uno de los difuntos de la laguna, acaso el espectro de la antigua raza, apiadado de mi inseguridad y de mi creciente temor. La voz resonaba en mi oído como algo menos y algo más que humana, voz de recónditas soledades que abría el silencio como el buho la sombra. Por momentos toda su presencia me parecía casi transparente y alguna vez creí que la errabunda luciérnaga lo atravesaba como si su cuerpo fuese de humo y de bruma. No llegué a saber nunca en aquella emoción de tal alta y pura poesía, si era yo que transfiguraba la realidad en fantasma de la realidad, o si aquel espectro era una alucinación mía que tomaba de la realidad la más leve sustancia para sostenerse en la visión de mis ojos.

Y hablamos. Y ante mi primera pregunta, la voz misteriosa me dió a conocer dos viejas leyendas de la Laguna Negra, que me hicieron comprender el porqué de ese nombre.



LOMA DE LA PALOMA, FLECHA DE ARENA Y ROCAS, QUE SE CLAVA EN EL AGUA

Los lagos, me dijo, son de noche más misteriosos que los campos. Los espíritus que se separan de los cuerpos y por la noche corren o vuelan sobre las llanuras y las sierras, se refugian al alba debajo de las aguas porque la fuerza del sol puede deshacerlos. Cuando ya han salido todas las estrellas, se van asomando como luces y juegan y bailan alrededor de las islas y sobre los camalotets. A veces recuerdan sus antiguos dolores, y lloran y gritan en coro, sus luces blancas se hacen rojas, y al castigarse, mientras vuelan enloquecidos, golpes y ecos misteriosos se oyen en las orillas, y el terror crispa al viajero extraviado que siente chorros de frío en la nuca y en la espalda, y manos invisibles que se prenden a sus cabellos y bajan sus párpados para que, ciego, tropiece con la muerte. Yo los he visto correr en fila hacia los árboles más altos, trepar hasta las últimas ramas, incendiar tronco y hojas, y al pasar el aire por ellos, salir de adentro del fuego llenos de cenizas y quejidos. Las lechuzas son atraídas por esos árboles misteriosos. ¿Nunca le habían hablado de las lagunas bravas? Cuando los espíritus malos viven en ellas, el agua salta de las orillas veinte o treinta pasos, para arrastrar a los hombres y aprisionar su alma y martirizarla por la noche. Muchas veces se escuchan en los bordes galopes de caballos invisibles montados por espectros que derraman luces trágicas al rozar sus brazos y sus flancos con las ramas ariscas de los montes. Otras veces los pajonales parecen incendiados y en medio de las llamas fantásticas, bailan las serpientes, y los buhos roban esa luz para sus lámparas volantes. El hombre huye. Los caballos aterrados tiemblan y resoplan mientras fugan apartando sus redondas pupilas de ese fuego satánico. La Laguna Negra fué así, pero ahora está muy vieja y cansada. De noche sus aguas se duermen, y todos los espíritus que la habitan, desde la época de los indios, pliegan sus alas bajo las cadenas del sueño.

En muy lejanos años, — así decían los viejos de estos lugares, — la Laguna Negra era una laguna blanca. Su agua, de todas las de los lagos de esta zona, era la que más se parecía a la luz. En su fondo el sol se miraba sin disminuir su resplandor de oro, y por la noche, la luna de arriba y la luna de abajo parecían una sola luna. Toda estrella del cielo se retrataba igual a sí misma en aquel puro espejo. De día, los peces que recorrían la profundidad podían ser vistos en todo el zigzag de sus dibujos. Quien se inclinaba a aquel líquido para satisfacer su sed, parecía beberse a sí mismo. Nunca un lago se pareció más a la luz, y por ello, los indios lo adoraban y le hacían ofrendas y le entonaban extrañas oraciones. Y ocurrió que por la noche, Añang, "El Malo", comenzó a castigar a los indígenas con terribles sortilegios. Y enfermaban o morían. Y sus mujeres no podían más ser madres. Y los varones desprendían las flechas de sus arcos y éstas se desviaban al llegar a su presa. Y Añang, envalentonado, se paseaba entre las dispersas tolderías, arrojando chispas rabiosas desde sus ojos y en su negro aliento.

Medrosa, mas dispuesta a vencerlo, la tribu decidió darle combate. Todos los indios resolvieron aguardar la llegada del nocturno Añang, invocando a sus dioses y llevando sus fetiches y reliquias en las manos, mientras los sacerdotes coreaban canciones que sólo ellos conocían, y cuyos poderes habrían de quebrantar las astucias y engaños de "El Malo". Sorprendido éste por aquel acto de profunda fé, en el instante en que trepaba la falda de la sierra, comenzó a retroceder, al tiempo que avanzaba el arco sagrado de la tribu. Una luna redonda culminaba en el cielo. La laguna semejaba otra luna líquida detenida en medio de los campos. Transparente, lúcida, brillante, o bien era el alma del cristal, o de la plata, o del ópalo. Añang, "El Malo", se aproximaba a ella, cauteloso y espantado. Los fetiches y las reliquias de los dioses buenos, lo amedrentaban y le herían la sombra con la luz. El arco de la tribu fué cerrándose sobre él. Por último, sin poder evadirse, dió un enorme salto y su cuerpo se hundió en la diafanidad del lago, cuyas aguas se ennegrecieron repentinamente, mientras una espesa columna de humo sombrío cubrió los cielos. ¡Desde entonces, el lago blanco, fué la Laguna Negra!

Mas los antiguos de estos mismos lugares, prosiguió mi guía, narraban también de otro modo el porqué de las negras aguas de esta laguna. En efecto, aconteció una vez que en la lucha de esos dos viejos rivales, el Día y la Noche, ésta ha[illegible] vencido a aquél, y ocupaba, inmóvil, el cielo infinito, sin darle paso a la luz, a pesar de las plegarias de los hombres. Y también por entonces la Laguna Negra de hoy era transparente, lúcida y brillante, espejo preferido del sol, luna líquida detenida entre los campos, bajo la alta luna de la noche. Y el día, refrenado por la sombra debajo del horizonte, rugía de cólera como un jaguar inmenso. Y a veces alguna chispa del alba hendía las tinieblas y mataba una estrella. Mas de pronto un gigantesco indio, de candente bronce, saltó en el Oriente, alto como el cielo, rudo como la montaña. Era un cacique del día, habituado a correr sobre las nubes y a arrojar el rayo en medio de los huracanes. Hijo del sol, hermano de la Aurora, traía en su siniestra el arco de las mañanas y en su diestra, las flechas del mediodía, y los divinos relámpagos del nacimiento. Las tinieblas golpearon su pecho con sus oscuros martillos, y el pecho del indio respondía con el trueno y con el rugido del océano. Repentinamente coloca su más terrible flecha en su arco, la serpiente de las desolaciones, y con el poder de su propio padre, dispara aquel dardo que dividió toda la sombra con su silbido y se hundió en el cuerpo de la noche, en el tremendo corazón de las tinieblas. Y la noche entera cayó silenciosa a través de la vasta herida, y toda su oscuridad, terror y misterio, se precipitó a la laguna preferida del sol, y las aguas resplandecientes y diáfanas, se ennegrecieron para siempre. Y por ello mismo, cuando el sol, vencidas sus horas, rojo y trágico, se oculta detrás de las sierras, la noche, inmensa columna de la sombra, parece subir de la Laguna Negra, en cuyas aguas han quedado diluídas para siempre, las fúnebres lágrimas que lloró el alma nocturna, cuando fuera vencida por el indio gigantesco, hijo del sol, hermano de la aurora.

Cuando hube oído estas últimas palabras, sentí una carrera vertiginosa. Mi acompañante huía por los campos hacia la laguna de sus leyendas, y yo bordeaba asombrado, las ciclópeas murallas de la Fortaleza de Santa Teresa.

C. SABAT ERCASTY.



PAISAJE GRANDIOSO Y PRIMITIVO, LLANURAS, PALMARES Y LAGOS

FIESTA DE LA VENDIMIA EN LA PAZ

El domingo pasado se inició en la Villa de La Paz, Depto. de Canelones, la tradicional "Fiesta de la Vendimia", que se realiza anualmente, celebrándose con diversos actos populares en los que intervinieron bellas señoritas, eligiéndose entre ellas la "Reina", tarea que ha de haber sido harto difícil en la decisión.

La inofrmación diaria ha procurado amplias noticias sobre esta fiesta, de la que damos en esta página algunas notas gráficas.



"LA REINA", ELEGIDA ENTRE LAS HERMOSAS, ARDUA TAREA PARA QUIENES LA REALIZARON, SIN DUDA — DESFILA EN SU TRONO ADORNADO DE PAMPANOS Y RACIMOS, SOBRE UNA CARRETA ARRASTRADA POR BUEYES.



SEÑORITA NELLY VILLAR, A LA IZQUIERDA, ELEGIDA "REINA", ACOMPAÑADA DE LA SEÑORITA YOLANDA MUSSO, QUE LO FUE HASTA AHORA.



LINDAS MUCHACHAS QUE INTERVINIERON EN LOS FESTEJOS Y DESFILES, ANIMANDOLOS CON SU GRACIA Y BELLEZA, APARECEN EN ESTA NOTA DURANTE EL BAILE REALIZADO EN LA PAZ.



UNA REINA REGIONAL, CON SU CORTEJO DE BELDADES



REPRESENTANTES REGIONALES ENTRE LAS QUE SE ELIGIO LA "REINA DE LA VENDIMIA".



LA AFLUENCIA DE PUBLICO A ESTA FIESTA ANUAL HA SIDO DESBORDANTE, MUESTRA DEL PRESTIGIO QUE HA LOGRADO LA CELEBRACION DE LA VENDIMIA.

ORIGEN DE PANDO

EL 30 de marzo de 1940, el pueblo y las autoridades de Pando rindieron homenaje a sus fundadores y revivieron su pasado con actos y ceremonias de emotiva y resplandeciente solemnidad.

El 21 de abril siguiente el señor Leonardo Danieri escribió desde las páginas de este Suplemento un artículo que ilustró con reproducción facsimilar de documentos comprobatorios, afirmando "que Pando ha conmemorado erróneamente el aniversario de su fundación que no fué en 1788 sino en 1781, siete años antes de lo que se ha dicho, cuando el alférez de milicia don Francisco Meneses dió posesión a José Garrido del solar número uno, esquina y frente a la Plaza".

El historiador, Dr. Carlos Ferrés, en su libro "Epoca Colonial. La Administración de Justicia en Montevideo", recientemente publicado, nos da a conocer interesantes datos tomados del archivo del Juzgado de Primera Instancia en lo Civil de Primer Turno, Expediente de 1782, relacionado con los vicios en la construcción de la Primera Capilla de Pando. Transcribe el documento con que los constructores de la Capilla de la Concepción de Pando se obligaron a realizar la obra contratada por Francisco Meneses, fundador de aquel edificio, y donante junto con su madre de los terrenos para aquel santuario y el pueblo.

Este contrato mal redactado y pésimamente escrito, fué fechado en Pando el 1º de noviembre de 1780.

La construcción, fué detestable, adecuada al documento, dice el Dr. Ferrés.

"José Cresto y Pedro Arredondo, maestros mayores de las fortificaciones y obras de la ciudad de Montevideo, inspecciona ron la construcción por orden del Alcalde ante el cual se presentó Meneses.

Las paredes estaban "desplomadas", "amenazando bastante ruina", les faltaba trabazón, los arcos de las aberturas mal, etc. Meneses reclamaba que los maestros devolvieran 341 pesos corrientes a que ascendía el cumplimiento que por su parte dió al contrato. El asunto se transó devolviendo cada maestro 20 pesos, debiendo abonarse las costas por mitades.

Comprueba este nuevo aporte del Dr. Ferrés, que un año antes de que el poblador José Garrido tomara posesión del solar que le fuera adjudicado, ya estaba designado el correspondiente para asiento de la Capilla y se había contratado la ejecución de las obras de aquel edificio religioso.

Los testimonios de 1780, 1781 y 1788 estudiados con otros que indudablemente han de existir en nuestros archivos, servirán algún día para determinar con más exactitud este asunto de la distribución de solares.

Pero si para determinar la fecha de origen de un edificio, tenemos en cuenta la colocación de su primera piedra y la de un pueblo por la erección de sus primeros edificios, ya se trate de sólidas construcciones de piedra o de humildes ranchos de paja destinados a viviendas, alojamiento de tropas o templos, lógicamente, la de la progresista ciudad de Pando, debemos buscarla en la instalación de su guardia militar.

La creación de un pueblo en la época que nos ocupa implicaba además de las erogaciones iniciales, una serie de gastos para el entretenimiento, reparos, pertrechos y sostenimiento de guarniciones y, sobre todo contar con el número necesario de fuerzas para defenderlas. Refiriéndome al origen y consecuencia de la Guardia de Pando di a conocer en otra oportunidad algunos antecedentes que creo oportuno reeditar hoy en apoyo de mi tesis.

En los últimos días del mes de julio de 1772, quedó terminado el Cuartel en que debía alojarse la "Guardia de Pando", destacada en las inmediaciones del arroyo del mismo nombre.

Las instalaciones de este cuartel la constituían tres ranchos de distintas dimensiones. El mayor de unos 6 metros de largo por otros tantos de ancho, se destinó para alojamiento de la tropa; el que le seguía en dimensiones, de metros 5.50 por 5 fué ocupado por los oficiales, y el más pequeño, de unos metros 5 por 4 se destinó a cocina de la Guardia.

Al frente de estos ranchos había un palenque de 7 postes, sin cinta para atar los caballos; y, a retaguardia de los alojamientos a una distancia de unos 20 pasos de los mismos, se alzaba un corral destinado al ganado, construído con 59 postes y 3 cintas de cuero.

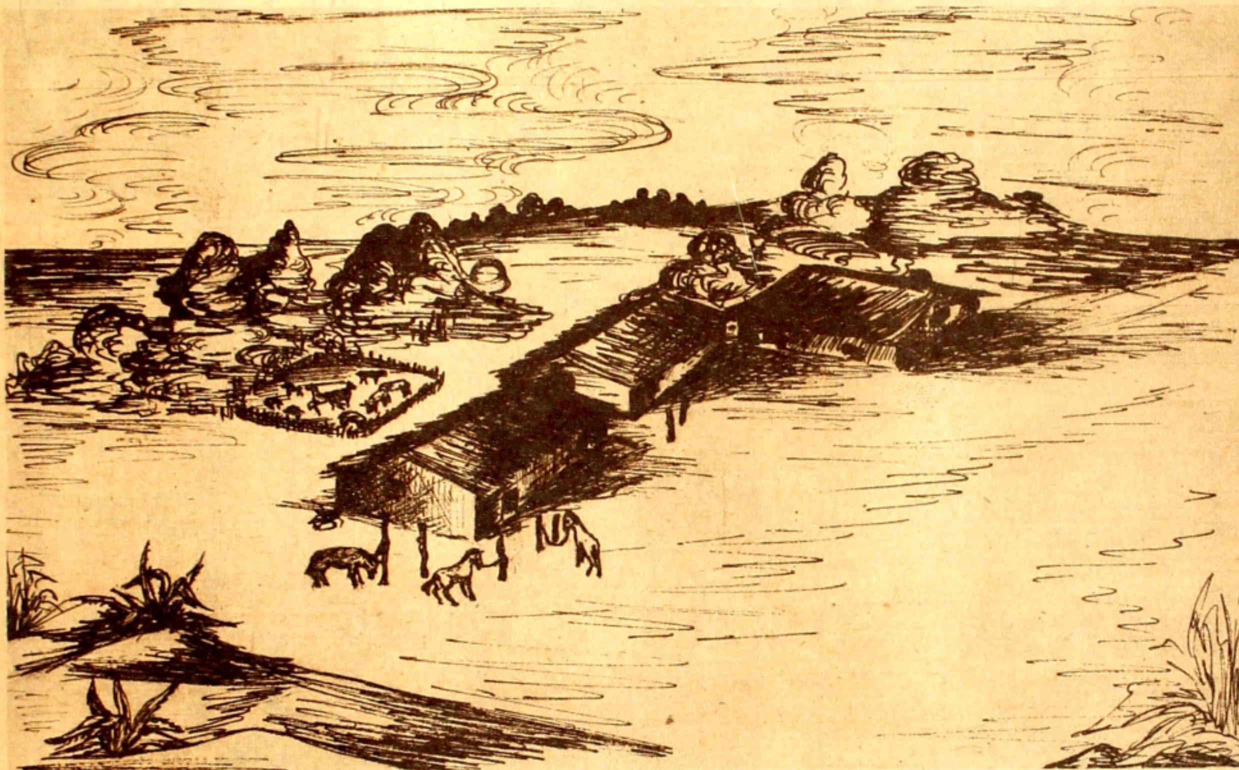
Tres ranchos, un corral y un palenque, construcciones típicas de nuestra campaña levantadas con elementos requisados en el propio terreno (paja, troncos, varazón, ramajes, fajinas, barro, cueros, etc.), constituyeron el núcleo, el embrión, podríamos decir, del naciente pueblo de Pando.

Alrededor de estas construcciones se empezaron a agrupar las viviendas de las familias del personal de la guardia y más tarde como lo ha dicho el historiador Francisco Bauzá la localidad se transformó en asiento de faenas pecuarias; "centralizó algunos pobladores y bien pronto un modesto santuario rural fué erigido entre ellos a ejemplo de lo realizado en otros pueblos".

"La Guardia de Pando", destacamento de escasa fuerza destinado a proteger el puesto que se le designó, integró el cordón de seguridad establecido para observar y defender, en la época colonial, la costa septentrional del Río de la Plata, o sea la comprendida entre Castillos y Colonia del Sacramento, dilatada zona para cuya mejor vigilancia fué dividida en cuatro partes.

Para cumplir su misión esta Guardia contó con una dotación permanente de unos 6 a 8 hombres de Dragones, en sus primeros tiempos, los cuales luego fueron sustituidos por soldados del regimiento de caballería de milicias de Montevideo.

Otros cometidos ajenos a la función militar pero no por ello menos importantes, se confiaron a la Guardia: ella debía impedir los robos de ganado en las estancias próximas, evitar se infiltrara el contrabando por las costas adyacentes, y debía, también perseguir y aprehender a los malhechores que abundaban en nuestra desolada campaña.



RECONSTRUCCION GRAFICA DE LA "GUARDIA DE PANDO", EN 1772. TRES RANCHOS, UN PALENQUE Y UN CORRAL, CONSTRUCCIONES TIPICAS DE NUESTRA CAMPAÑA, NUCLEO ALREDEDOR DEL CUAL SE LEVANTO LA PROGRESISTA CIUDAD QUE HOY LLEVA SU NOMBRE. (DIBUJANTE ELENA SANDE LOPEZ)

Misión de policía, misión de gendarme y guardia aduanero, que triplicaban sus actividades y obligaciones en beneficio del pueblo que protegía y del país en general.

Por esta guardia se tramitaban los pliegos y oficios que las autoridades civiles y militares remitían en sus constantes comunicaciones a los pueblos y fortalezas diseminados en nuestro territorio.

Sirvió de posta; en su cuartel siempre había caballos frescos para sustituir los transidos de los chasques que cruzaban de continuo por ese paraje.

Allí descansaron y pernoctaron los virreyes que visitaron las regiones del Este, y allí también falleció uno de ellos, el teniente general Pedro Melo de Portugal a consecuencia de la enfermedad que lo afectó en el viaje de inspección realizado en el año 1797.

El 28 de mayo de 1820 se pidió desde Pando a las autoridades superiores radicadas en Montevideo se autorizara a poner un sargento en la Guardia del lugar, por que al fin dicha Guardia era un "pueblito".

Y se agregaba en el documento de la referencia, lo siguiente:

"Y en estos tiempos ha sido aquella Guardia de sargentos y de este modo irán las cosas en mejor orden y se hará aquella Guardia más respetable".

Se juzgaba, como puede apreciarse, que la jerarquía del Comandante de la Guardia debía estar en consonancia con la importancia de la población que la rodeaba y el respeto que ella debía merecer.

Queda así evidenciada a grandes rasgos la influencia que ejerció la Guardia de Pando en la formación y persistencia del pueblo que después de más de un siglo y medio de vida se convirtió en la pintoresca ciudad que lleva su nombre.

Mariano CORTES ARTEAGA.

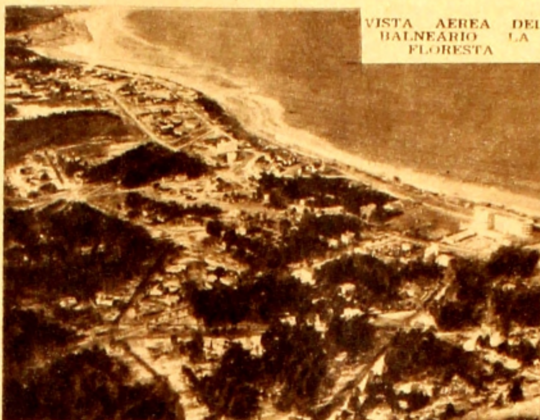


DRAGON ESPAÑOL INTEGRANTE DE LA "GUARDIA DE PANDO", ACUARELA DE EMILIO REGALIA.

Turismo en el Interior

CANELONES INVITA AL VIAJERO


PLAYA DE ATLANTIDA


VISTA AEREA DEL BALNEARIO LA FLORESTA


PLAYA DE ATLANTIDA DESDE LOS BOSQUES DE PINOS.


PARQUE DE PANDO


PARQUE DEL BALNEARIO LAS TOSCAS

Es la época propicia para or[illegible] ojos del caminante al encuentro d[illegible]leza y el recreo espiritual. Ya la lín[illegible] mar pierde el primer plano de invitación y la placidez sombría del bosque, el dorado fulgor del paisaje, la diversión en medio de lo verde que la pradera encierra, se vuelven la llamada primera.

La Municipalidad de Canelones descubre a aquellos que gusten de lo permanente del paisaje, los lugares más bellos, entre los muchos que hacen del Departamento un lugar ideal e insuperable para toda estación del año. La Ciudad de Canelones a cercanos kilómetros de la capital, ofrece un parque magnífico, a cuyo fondo el arroyo Canelón Chico da la nota en que se hermanan el rumor del agua y el follaje.

Pando con su Prado, inmenso Prado, donde la tranquilidad solitaria de las horas transcurre en medio de una Naturaleza que ofrece con generosidad desmedida todos los dones para gozar de suprema esplendidez.

Bolívar, en un remanso del Santa Lucía, cuyas líneas de luz y sombra, de río y bosque, justifican por sí solas el ansia de ir a ellas en busca de horas que serán inolvidables.

Santa Lucía, ciudad esencialmente de turismo, día a día acrecentado por las mejoras de todo orden que en ella se realizan, donde la cabalgata, el paseo a pie, el baño reparador, en aguas bordeadas por el bosque, forman un marco de singular invitación para todos aquellos que saben gozar de la pureza de la Naturaleza.

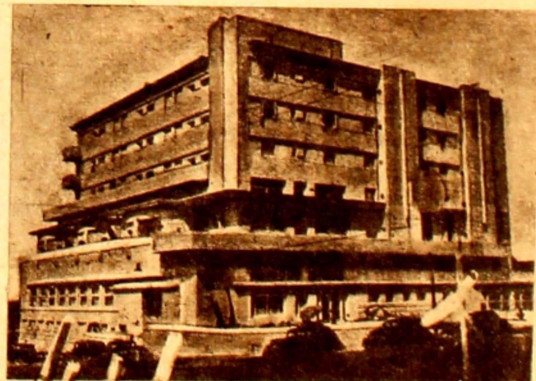
Y el Este, pleno de playas — Atlántida, Las Toscas, Parque del Plata, La Floresta, Costa Azul, Los Titanes, Las Tunas, Santa Lucía del Este, Biarritz, etc., etc. — culmina una visión que el buen viajero sabrá colocar en su itinerario.

La Intendencia Municipal de Canelones os invita al viaje, no sólo la satisfacción más honda culminará vuestro andar, sino que vereis permanentemente frente a vos el paisaje imborrable que os aguarda y ofrece.


PARQUE DEL PLATA.


BALNEARIO COSTA AZUL.


PARADOR DEL BALNEARIO SALINAS



Literatura rioplatense:

LA NOVELA DE RICARDO GUIRALDES

I

YA sabe el lector, guiado por el título, que vamos a referirnos a "Don Segundo Sombra", pues Ricardo Güiraldes pertenece a ese grupo de autores que conquistan la deseada inmortalidad literaria a través de una sola obra lograda y definitiva. En la breve historia de la novela americana se destaca la aparición casi simultánea de "Don Segundo Sombra", "La Vorágine" y "Doña Bárbara". Cada una de ellas significa la exacta revelación de un sector de nuestra América, en merecida trascendencia universal. Forman en noble conjunto tres imperecederos momentos autóctonos, de plena naturaleza y enérgicas primitividades, de sincera reacción frente a la novela ciudadana.

"Don Segundo Sombra" es la pampa sentida con ternura nostálgica, "La Vorágine" es la dolorosa epopeya de la selva madre en que aparece, despiadada y cruel, la inicua explotación del hombre por el hombre, y "Doña Bárbara" nos presenta el llano venezolano en un inolvidable escenario de seres pasionales.

II

"Don Segundo Sombra" apareció en Buenos Aires en el año 1926, obteniendo el primer premio nacional de literatura. El triunfo sin cercenamientos sorprendió a su propio autor, como lo atestigua la siguiente carta que dirigió al escritor francés Valery Larbaud: "¡Qué distinto ha sido todo a lo que imaginaba yo en mi última carta! Ya está. No sé cómo puede llamarse esto, pues nunca le puse nombre, por lo inesperado. Me palmean todos los días. No veo sino sonrisas que están tan conmigo que son casi yo mismo. Don Segundo lo hemos escrito todos. Estaba en nosotros y nos alegramos de que exista la letra impresa. No hay más que congratulaciones por este lado de cosas, y estoy, ¿cómo he de estar?, contento y un poco como dormido en esta simpatía ambiente tres veces rara en la breve historia de mis libros. De los palos esperados, ninguno ha caído. ¿Qué es todo esto? Cualquier cosa hubiera esperado yo en la vida menos un asentimiento general por una obra mía".

Al año siguiente de la aparición de "Don Segundo Sombra", el 8 de octubre de 1927 Ricardo Güiraldes muere en París.

III

Las trescientas noventa y tres páginas de "Don Segundo Sombra" están escritas con sangre y al compás de la memoria del corazón, que es, por cierto, la mejor memoria. Basta detenernos en su inicial dedicatoria. ¿Para quiénes es el recuerdo? Con palabras de elegía gaucha, habla: "A Ud. Don Segundo. A la memoria de los finados: Don Rufino Galván, Don Nicasio Cano y Don José Hernández. A mis amigos domadores y reseros: Don Víctor Taboada, Ramón Cisneros, Don Pedro Brandán, Ciriaco Díaz, Dolores Juárez, Pedro Falcón, Gregorio López, Esteban Pereyra, Pablo Ojeda y Mariano Ortega. A los paisanos de mis pagos". Y agrega, venciendo al olvido: "A los que no conozco y están en el alma de este libro".

Ricardo Güiraldes es autor y actor, identificándose con su propia creación. Se sitúa en primera persona y en estrecha relación con sus personajes, fluctuando entre la realidad y el ensueño. En su dirección, espiritual y física, resalta un sentido gaucho de la vida que no es olvidado ni en los postreros instantes cercanos a la muerte, esperada con resuelta tranquilidad en la vieja e inmortal Europa. Junto a los últimos momentos vitales del autor de "Don Segundo Sombra", está, permanente, la presencia amada de dos gauchos jóvenes de San Antonio de Areco. Son Ramón Cisneros (hijo) y Enrique Melo.

IV

Hace ya algunos años, Adelina del Carril —esposa de Güiraldes— nos recordaba el diálogo sostenido entre su compañero y Don Segundo Sombra, de carne y huesos, cuando ya terminada la novela había que darle la identidad del nombre.

Así fué la conversación:

—Don Segundo: He escrito un libro que se llama "Don Segundo Sombra", en el que cuento su vida, aunque hay cosas que usted no ha hecho.

Don Segundo lo miró y luego con aire distraído, le contestó:

—Pero que las podía haber hecho, no don.

Más tarde, cuando a Güiraldes le decían que había hecho una creación magistral de su personaje, contestaba:

—Muy por debajo de la realidad.

El 20 de agosto de 1936, en la reciedumbre de ochenta y dos años nutridos de acción, dejó de existir en su pago de San Antonio de Areco el admirado personaje de Güiraldes. Anunciaron el hecho los telegramas: Alrededor de la hora doce se extinguió silenciosamente la vida de Don Segundo Sombra, el héroe del libro de Ricardo Güiraldes. Desde hace algunos años, vivía en el Puesto "La Lechuza", en una estancia de dicha familia, acompañado de sus hijos, nietos y parientes cercanos.

¡En un mediodía invernal desapareció la figura de Don Segundo Sombra, el gaucho de la llanura, inmortalizado en el arte y visitado en su retiro de austero silencio por Keyserling, Waldo Frank y otros!

Nos lo imaginamos a través de la evocación que de él hace su revelador en el arte:

—"Pensé en Don Segundo Sombra que en su paso por mi pueblo me llevó tras él, como podía haber llevado un abrojo de los cercos prendido en el chiripá.

Cinco años habían pasado sin que nos separáramos ni un solo día, durante nuestra penosa vida de reseros. Cinco años de esos hacen de un chico un gaucho, cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba mi padrino. El fué quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa. El me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de formar un buen caballo para el aparte y las pechadas, el entablar una tropilla y hacerla parar a mano en el campo, hasta poder agarrar los animales dónde y cómo quisiera. También por él supe de la vida la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos. ¡Cuánto había andado ese hombre!

En todos los pagos tenía amigos que lo querían y respetaban aunque poco tiempo paraba en un punto. Su ascendiente sobre los paisanos era tal que una palabra suya podía arreglar el asunto más embrollado. Su popularidad, empero, lejos de servirle, parecía fatigarlo después de un tiempo.

—Yo no me puedo quedar mucho en ninguna estancia —decía— porque en seguida estoy queriendo mandar más que los patrones.

¡Qué caudillo de montonera hubiera sido! Pero por sobre todo y contra todo, Don Segundo quería su libertad. Era un espíritu anárquico y solitario, a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable cansancio".

Termina el retrato de su héroe, apuntando los siguientes rasgos psicológicos que nosotros en limpio homenaje grabaríamos sobre piedra en el lugar donde descansa Don Segundo Sombra: **"Como acción amaba sobre todo el andar perpetuo, como conversación el soliloquio".**

V

Existe un niño —uno de los tantos niños del mundo— que agiliza sus ocios en salidas errabundas, al margen del artificial hogar regido por Tía Asunción y Tía Mercedes en constante actitud retadora. Su instinto de libertad le permite descubrir, acertadamente, al hombre que será guía de sus pasos inciertos y enérgico modelador de su alma. Le adivina al verlo pasar por su pueblo y con el ánimo enfervorizado de próximas aventuras, sigue su rumbo...., hacia la pampa abierta.

Cuando después de dos semanas de aprendizaje gaucho descubren su paradero, ya puede exclamar con altivez varonil insospechada en sus catorce años:

—"En el pueblo sabían mi paradero, y posiblemente querrían obligarme a volver para casa. Esa isoca no me haría daño porque ya estaba en parva mi lino. Antes me zamparía en un remanso o me haría estropear por los cimarrones, que aceptar aquel destino. De ningún modo volvería a hacer el vago por las calles aburridas. Yo era, una vez por todas, un hombre libre que ganaba su puchero, y más bien viviría como puma, alzado en los pajales, que como cuzco de sala entre las faldas hediondas a zahumerio eclesiástico y retos de mandonas bigotudas. ¡A otro perro con ese hueso! ¡Buen nacido me había salido en la cruz!"

Hasta ahora había sido neófito de la libre y ruda vida pampeana; en adelante, con ánimo aventurero y crepitante de inquisitivos anhelos, conocería cosas y seres nuevos por el ancho y abigarrado mundo de sus sueños que defendería a toda costa y cara a cara con el destino. Y frente a él, sólo distancia y rumbo, venciendo lo efímero. Una vez respirado el fortalecedor aire de la libertad, alejado de la enervadora vida doméstica, ya no temió la adversidad vislumbrada en la acción diaria. Se sintió firme en su signo errante, detrás de la tropa y en compañía de reseros, comprendió "a que se debía ese silencio despreciativo que usan los que se van, cuando hablan con los que se quedan en las casas".

¡Oh, maravillosos años de aprendizaje pampero, sin molicies, aventadas por una congénita rebeldía enemiga de la mansedumbre y de la inmovilidad! Todo por obra y gracia de Don Segundo, que según la acertada expresión de Vossler a su paso por algunos países americanos, es "su guía y padrino, su gran amigo natural y humano, su único educador y protector verdadero en una época de grandes ciudades supercivilizadas y de desconfianza universal".

Y así transcurren sus años, hasta llegar a la plenitud de la mocedad. Entre reseros. Resero él mismo. Conoce el amor fugitivo, el tocante bullicio del baile, la doma, la riña de gallos, y mucho más, porque mucho más que todo ésto es la vida en la pampa...

También llega el momento de la separación de los hombres. Se bifurcan los caminos. Y en las postreras páginas de "Don Segundo Sombra" aparece en dramático relato sin alardes, la despedida. Se va — ¿hacia qué horizontes? — su noble y rudo maestro amigo. El que junto a él aprendió a ser hombre, plenitud de experiencias en jóvenes años, también se va, confesando su reconcentrado dolor frente a los caminos: "Me fuí, como quien se desangra".

VI

Ricardo Güiraldes murió casi en el límite de los 42 años. Fué hombre de mundo, no mundano. Conoció las sociedades de su tiempo y vivió su signo gaucho. En San Antonio de Areco, su pago, está su lugar de descanso eterno. Allí, a la sombra de un sauce — ¡oh, inolvidable Musset de la juventud, las mujeres y el vino! — leímos: "Aquí duerme Ricardo Güiraldes, crucificado de calma sobre su tierra de siempre". Y dos fechas, permanentes en la vida de los hombres, marcando nacimiento y muerte, nos inician en solitarias reflexiones al ritmo de nuestros pasos viajeros...

Nicolás FUSCO SANSONE.



DON SEGUNDO SOMBRA Y RICARDO GUIRALDES



"LA BLANQUEADA", PULPERIA DONDE RICARDO GUIRALDES CONCURRIA Y QUE APARECE CON EL MISMO NOMBRE EN "DON SEGUNDO SOMBRA".

DEBEMOS seguir hablando de los valores arquitectónicos de Nueva York, pero antes de ello queremos traer en nuestro relato la figura de un gran amigo uruguayo, que hace ya unos dos años se encuentra viviendo en esa ciudad, y cuya hidalguía para amigos y extraños bien merece capítulo aparte. Me refiero a un nombre bien conocido de todos mis amigos de Montevideo, me refiero a Roberto Fontaina. Llegó a Nueva York relacionándose inmediatamente, por sus mismas actividades, al Departamento de Radiodifusión de la Oficina del Coordinador. En su calidad de Adjunto a la Embajada del Uruguay fué inmediatamente presentado a diversos círculos y a distintas personalidades, con las que fué adquirendo conocimiento, intimidad y distinción en base a sus excelentes características personales. Generoso, amplio, franco, gran amigo, supo y sabe siempre tratar los distintos problemas en forma precisa. Su consejo es escuchado y seguido. Sus advertencias para que nuestros vecinos del Norte comprendan más y mejor la psicología del pueblo latinoamericano han ayudado enormemente a solucionar muchas situaciones confusas. Su simpatía, alegría y espiritualidad han hecho que su presencia sea solicitada y aceptada con satisfacción. Su caballerosidad hace de Roberto Fontaina un gran embajador de las tierras del Río de la Plata. Nueva York es muy grande, y en ella viven millones de gentes, pero cuando se necesita tocar cualquier resorte para hacer adelantar cualquiera buena empresa, siempre Fontaina conoce a la persona o personas a quienes hay que dirigirse, y siempre está pronto con su característica simpatía, a ser el guía, la ayuda, la presentación que de tanto sirven.

Que estas pocas líneas que no revelan ni en su mínima parte lo que es la acción y la ayuda de Roberto Fontaina en Nueva York, y también en Wáshington, sirvan para mostrar otra de las múltiples facetas del gran amigo nuestro, y para agradecer a él y a su buena y simpática señora todas sus gentilezas y compañía.

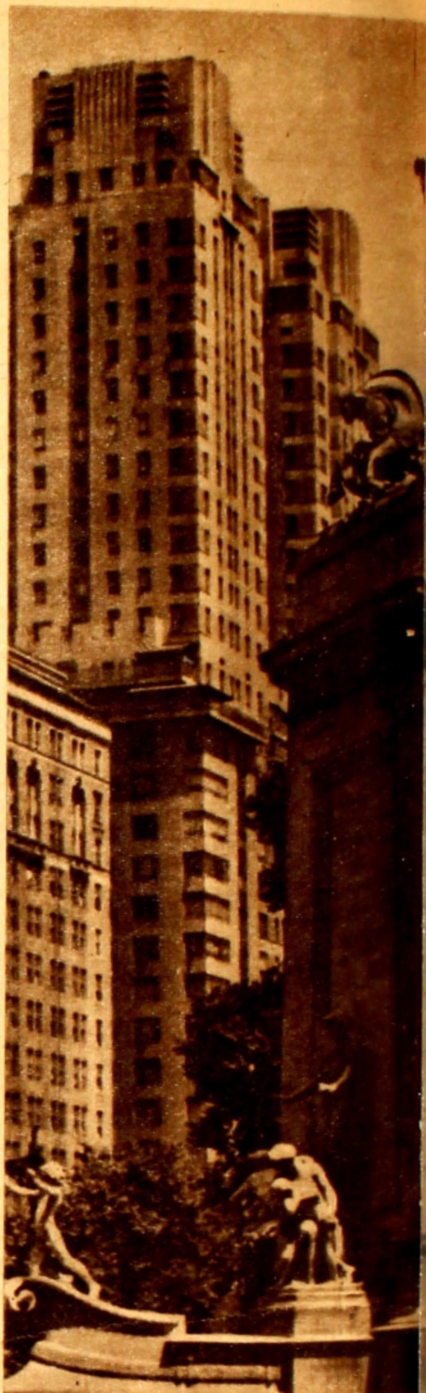
*

La Quinta Avenida se prolonga hacia el Norte. Ya no presentará, en el resto de su extensión, modernos edificios que se destaquen especialmente por su concepción y pureza de líneas. Hacia el final de la Avenida, al llegar al Central Park, se forma entre las calles 58 y 59, una de las plazas más agradables de Nueva York. Limitada hacia el Este por la Quinta Avenida en su edificio del Savoy Plaza Hotel, hacia el Oeste por otro gran edificio del mismo hotel, hacia el Sur el espacio se limita sobre las grandes vidrieras de una importante tienda, y hacia el Norte la plaza se compone con los elementos de la esquina del Central Park, para producir su agradable armonía y continuidad a través de jardines y paseos a distintos niveles.

Aún sigue hacia el Norte la Quinta Avenida. Bordea el gran Central Park, quedando uno de sus lados limitado o prolongado a través del verde del enorme parque. Sobre el otro lado las ricas mansiones continúan la ostentación de una noble arquitec-

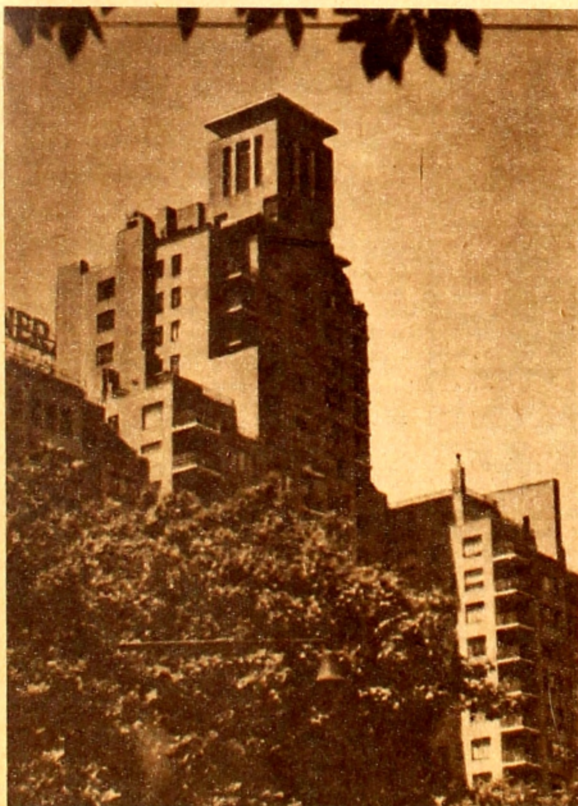


DETALLE DEL MONUMENTO. RASCACIELOS AL FONDO.

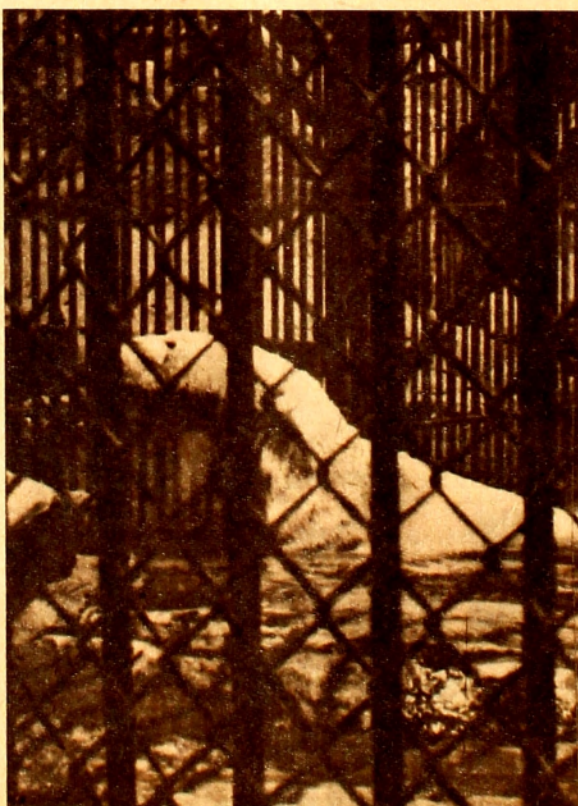


MONUMENTO A LOS NAVEGANTES D... CALLE 59 Y ...

LOS VALORES ARQUITEC...



MODERNA CASA DE APARTAMENTOS. COSTADO SUR DEL CENTRAL PARK.



EL GRAN OSO BLANCO SOPORTANDO UNA TEMPERATURA DEL TROPICO.



"ELLOS" Y "ELLAS" EN UNIFORME.



FER. — ESQUINA DE BROADWAY, PARK.



LA PROA VISTA DE FRENTE.

ONICOS DE NUEVA YORK

tura, en la que no ha primado ninguna armonía de conjunto, y donde solamente una limitación de altura impone una cierta unidad en toda su extensión.

Y el parque es enorme: no tiene aquel sentido especial de los parques ingleses, único en el mundo entero, con sus prados y arboledas formando una composición pintoresca, en sus vastos declives y lagos. El parque de Nueva York es más rígido, menos sugestivo, con sus largos senderos para peatones, jinetes y gente en bicicleta, y sus calzadas para automóviles y vehículos arrastrados por caballos. Dentro de la vasta superfice del parque, tienen ubicación numerosos edificos de interés público, como Museos, jardines zoológicos, restaurantes, centros de estudios científicos, etc., fuera de aquellas zonas de diversiones para el público propias del mismo parque, las que comprenden lago para remo, pistas de patinaje, canchas de baseball, basket-ball y rugby, amén del tan común "badminaton" que, como en Inglaterra, se juega en todas partes.

Nueva York sigue reuniendo edificios de los más grandes y famosos del mundo, y con ellos a los sabios de toda la tierra que han venido a trabajar tranquilamente: en el Medical Center, uno de los más notables centros médicos del mundo, y allí se destaca la labor del Dr. Castroviejo, personalidad española tan conocida dentro de toda América, y la Universidad de Columbia, con todas sus escuelas y hombres de arte y ciencia, y más museos y laboratorios, y centros de investigación, y aún de sacrificio. En Nueva York se ha concentrado todo lo que el ingenio humano ha podido concebir en los últimos cincuenta años. En los gabinetes de experimentación ya se han probado y aprobado inventos que se están aplicando actualmente en el progreso de la ciencia y en la lucha por la libertad. El cerebro del hombre ha creado maravillas dentro de todas las ramas de la ciencia, y todas se encuentran en la gran ciudad. Y ésta, por todas sus calidades, asombra.

Recuerdo claramente una de mis primeras impresiones. Caía una nevada fina: se sentía un gran frío, era en la tarde y la ciudad se iba quedando negra. Sábado de tarde. Calle 34 y Broadway, es decir, uno de los puntos de verdadero movimiento de la ciudad. A unos cien metros del Empire State Building que sube en una especie de obsesión de arquitectura dinámica... Ya en la noche, y en Nueva York en guerra, la silueta y los planos de los rascacielos en sombra me impresionaban. El hombre quedaba tan pequeño tratado a esa escala, y con la ciudad en tinieblas, y el tránsito reducido a una expresión mínima, y con el viento frío que nos azotaba: todo eso tenía para mí una sensación nueva. Me encontraba en Metrópolis, la ciudad del futuro, la de las cosas raras, la del año 2000 o 3000. No en una ciudad bella, sembrada de jardines, sino en la ciudad mecánica la que llevaba su tragedia en el ambiente, su tragedia en los hombres. Era la esquina de Broadway en la noche helada.

C. JONES ODRIOZOLA.

(Fotografías del autor).



EL JARDIN ZOOLOGICO DEL CENTRAL PARK, JUNTO A LA QUINTA AVENIDA.

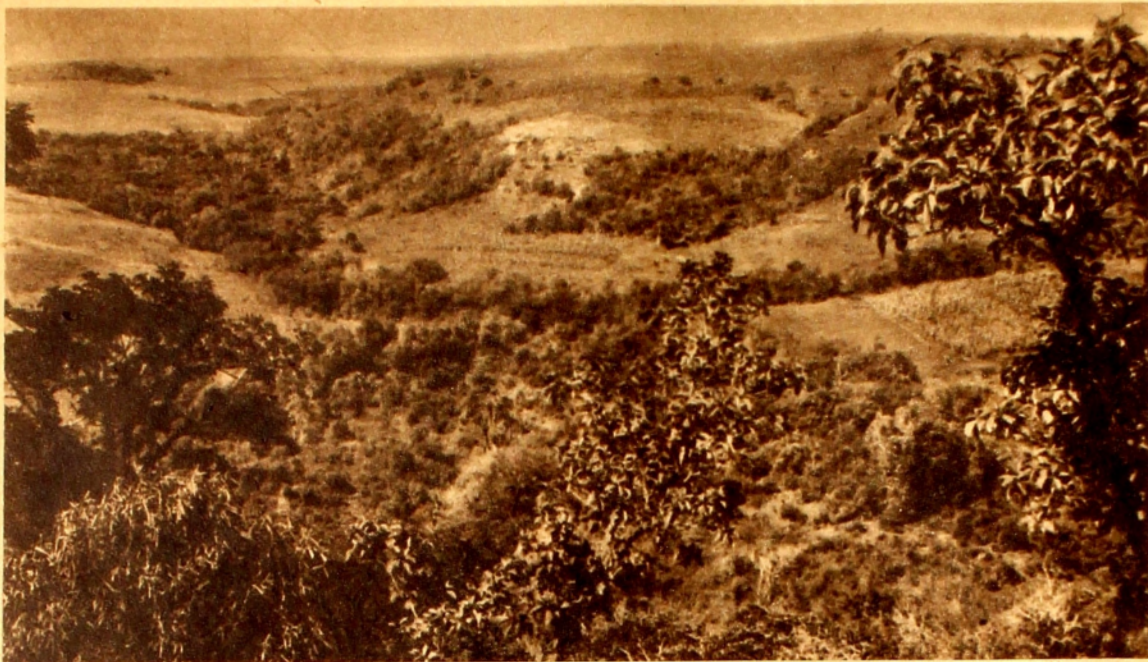


JUEGOS EN LOS VERDES DEL PARQUE.



HOTEL Y APARTAMENTOS AL OESTE DEL CENTRAL PARK.

LA GRUTA DE LOS CUERVOS
(TACUAREMBO)



MONTE FRANJA DEL ARROYUELO QUE SE ORIGINA DE LOS MANANTIALES DE LA GRUTA. A LA DERECHA SE VE UNA RAMA DE HIGUERON.



PAREDES DE ARENISCA QUE DOMINAN LA GRUTA.



EN PLENO BOSQUE HIGROFILO. ARBOLES GIGANTESCOS, TRONCOS DERRIBADOS, ARBUSTOS Y UN ESTRATO RASANTE DE HELECHOS FRONDOSOS.

AUNQUE la ciudad de Tacuarembó se encuentra ubicada en una región relativamente llana, recorrida por el río Tacuarembó Chico, el panorama que se divisa a su alrededor es bastante variado presentándose a la vista gran número de alturas achatadas (mesetiformes) que forman parte de la Sierra de Tambores y de algunas estribaciones y ramas laterales derivadas de la cuchilla de Haedo.

Tales alturas están determinadas en la mayoría de los casos por la presencia de los meláfiros, rocas muy resistentes, que se han derramado formando un extenso manto sobre areniscas de variada consistencia y coloración, que se presentan en las mismas inmediaciones de la ciudad de Tacuarembó, y que dificultan el tránsito por los caminos, pues se abarrancan con facilidad y se reducen a arena suelta con relativa rapidez.

La erosión ha conseguido en algunos casos destruir el manto protector de meláfiros, dando lugar a la aparición de alturas formadas exclusivamente por areniscas, en las que la obra natural de desgaste se realizará con mayor celeridad que en las rocas de origen volcánico, sobre todo si se destruyeran los arbustos y pasturas que las cubren.

Un camino mejorado en parte de su trayecto, conduce desde la ciudad de Tacuarembó hacia el noroeste, hasta las serranías donde aparecen las primeras alturas coronadas por el manto basáltico; después de unos veinte kilómetros de recorrido se llega a una zona sumamente agreste, con gran número de afloramientos de rocas duras, de disyunción esferoidal, que dificultan la marcha de los vehículos. No lejos del camino existe un lugar donde la coraza resistente que cubría anteriormente a las areniscas ha sido destruída por los agentes erosivos, quedando tan sólo algunos restos de meláfiros, que dominan en los cerros de los alrededores. En dichas areniscas la acción del agua ha producido una notable hendidura, terminada en una brusca rotura de pendiente, poblada de exuberante vegetación, llamada Gruta de los Cuervos. Nombre muy bien puesto pues acercándose al lugar lo primero que llama la atención es una bandada de buitres o cuervos del país que aletean pesadamente para elevarse a las alturas, no bien notan la presencia de los viajeros.

En el fondo de la gruta corre un arroyuelo de agua persistente y muy cristalina, que surge del pie de ingentes paredes de arenisca semipermeable, donde se amontonan los despojos arrancados por la erosión a la roca que lentamente va retrocediendo. Al arroyuelo se dirigen algunos afluentes diminutos pero que casi nunca carecen de caudal.

Todas estas corrientes se advierten descendiendo al fondo de la gruta. Desde arriba sólo se distinguen las copas de los árboles: gigantescos guaviyú, higuerón, tarumán, aguay, laurel negro, blanquillo, Francisco Alvarez, canelón y muchos otros, que forman una espesura enmarañada, debajo de la cual viven multitud de arbustos de sombra (umbratícolas) y una gran variedad de helechos, entre los que se distingue el arborescente (Dicksonia Sellowiana) del cual quedan todavía en pie cuatro ejemplares, midiendo el mayor tres metros de altura. Sobre los troncos de los árboles trepan las enredaderas y se fijan muchas plantas epífitas y parásitas. Todo el bosque recuerda por su exuberancia y su variedad las selvas tropicales, aunque su extensión es muy reducida y sus componentes reducen la altura a medida que las paredes de arenisca se hacen menos empinadas y separándose dejan lugar a un monte franja que se prolonga a lo largo de un valle fluvial a gran distancia de la gruta.

Los claveles del aire, el plumerillo de flores rojas, el cambará de flores anaranjadas, el Francisco Alvarez, el tarumán de fruto colorado, la pitanga y el arrayán y gran número de plantas herbáceas y leñosas que viven en el fondo de la gruta o en sus bordes, o las enredaderas que trepan hasta la copa de los árboles adornan en primavera y verano el lugar, que se hace atrayente en cualquier época del año por las decorativas formas que presentan los helechos y el majestuoso porte de los gigantescos árboles que desde el fondo de la gruta elevan sus troncos y ramas hasta la región iluminada por el sol.

La erosión ha destruído parcialmente las paredes de la gruta convirtiendo algunos trozos en columnas aisladas o modeladas hasta presentar extrañas figuras. En determinado punto la denudación ha puesto al descubierto una masa de areniscas que aparecen aparentemente plegadas y dislocadas.

Geomorfológicamente la Gruta de los Cuervos corresponde a un cono de recepción torrencial, en el que se presenta una brusca rotura de pendiente; en la base de ésta los manantiales originan una corriente de agua que aumenta de caudal en las épocas lluviosas. En realidad las paredes de arenisca a punto de desplomarse por falta de equilibrio hacen que el fondo de la gruta sea muy sombrío lo que favorece la labor erosiva de la humedad que se agrega a la realizada por el agua fluvial.

Jorge CHEBATAROFF.

(Fotografías del autor).



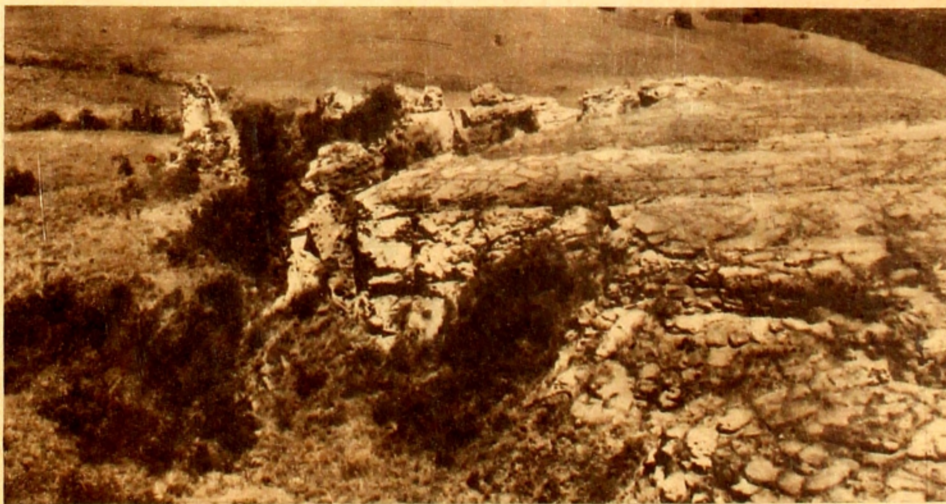
EXTRAÑAS FIGURAS MODELADAS POR EL AGUA EN LA ARENISCA.



EL BOSQUE QUE OCULTA LA GRUTA, AL PIE DE LA RUPTURA DE LA PENDIENTE CREADA EN LAS ARENISCAS, Y CERROS CORONADOS POR MELAFIROS DE LOS ALREDEDORES.



EJEMPLAR DE HELECHO ARBORESCENTE (DICKSONIA SELLOWIANA) EN LA PARTE MAS SOMBRIA DE LA GRUTA.



ARENISCAS MODELADAS POR EL AGUA, EN LAS INMEDIACIONES DE LA GRUTA. ALGUNOS TROZOS DE ROCAS HAN QUEDADO AISLADOS POR LA EROSION.

A cien años de la Guerra Grande

FUERZAS ESPIRITUALES DE LA DEFENSA

LA dictadura de Rosas apoyada por las más bajas e incultas capas sociales que vieron en ella un instrumento de falsa y acomodaticia igualitarización, provocó el alejamiento de la república Argentina de sus más renombrados intelectuales, que allí, como en todas partes y en todas las épocas, constituyeron, con la fuerza del espíritu, uno de los obstáculos más indomables y eficaces contra los desbordes de la tiranía. No se puede decir que se tratara, exclusivamente, de intelectuales, — juristas, hombres de ciencia, escritores, poetas, periodistas, etc., — afiliados al unitarismo, porque en tal caso se hubiera tratado de un fenómeno regular de carácter político. No. Muchos de los que voluntariamente o a la fuerza abandonaron su país y hubieron de refugiarse en el extranjero no eran unitarios, y así lo probaron decisivamente cuando derrotado el dictador, dieron a la Argentina una Constitución federal. La caída de Rosas no significó el triunfo del unitarismo, sino su total extinción, fenómeno curioso no bien estudiado todavía. Lo que en realidad odiaba Rosas y los suyos, empujados por impulsos instintivos, por un odio irrefrenable contra aquello que adivinaban que era superior a ellos, y a lo que no podían alcanzar, era la civilización, el progreso, la cultura, el arte, todos los refinamientos de la vida que van redimiendo al hombre de su mísera condición primitiva para convertirlo en una criatura de excepción. No es porque sí que Rosas cerró, para no volverlos a abrir más, todos los establecimientos de enseñanza que había en Buenos Aires. Su imperio estaba cimentado sobre la ignorancia y el analfabetismo. Por eso desconfiaba de Europa, porque del Viejo Mundo llegaba una corriente ininterrumpida de renovaciones de toda clase, desde ideológicas hasta culinarias, desde las científicas hasta las de las artes del vestir. Rosas, con su agudeza habitual adivinaba que la civilización lo mataría, y por tal motivo, invocando un nacionalismo cerril de pura cepa colonial, trató de clausurar el país a los aires saludables del mundo, y persiguió, dentro de él, a todos los que osaran soñar para la Argentina un porvenir mejor que el que le deparaba su sanguinario despotismo. Como Francia en el Paraguay, Rosas quiso detener el tiempo, sin conseguirlo, claro está.

Los más grandes ingenios del país hubieron, pues, de huir de él, pero para proseguir la lucha desde otros ambientes más comprensivos y amables: Alberdi, López, Gutiérrez, los Varela, Rivera Indarte, Sarmiento, Domínguez, Mitre, Alsina, Mármol, Echevarría, etc., la flor de la generación romántica argentina. Se instalaron unos en Chile, otros en el Uruguay, otros en Brasil, Bolivia, Perú y Europa, suspirando siempre por el bien perdido y lanzando sus rayos contra el dictador, que creía ingenuamente estar a salvo de sus maldiciones. Montevideo, — capital de un país pequeño pero indomable y libre, — por ser la ciudad más cercana a Buenos Aires fué la más favorecida por esa emigración culta argentina, desde mucho antes de que Oribe se estableciera en el Cerrito al frente de las legiones federales. La humilde Montevideo, vino a convertirse así en lo que, un poco ditirambicamente, se llamó después la "Atenas del Río de la Plata", siendo notorio que las terribles angustias de la expatriación y la guerra no fueron suficientes para apagar el fulgor de aquellos espíritus selectos. Hace tres años se conmemoró en ambas orillas de nuestro gran río, el primer centenario del "Certamen poético" que tuvo lugar en Montevideo el 25 de mayo de 1841 celebrando el primer grito de emancipación de estas colonias, en el que obtuvieron los premios Juan María Gutiérrez, Luis Domínguez, José Mármol y Francisco Acuña de Figueroa; en el que el jurado estaba integrado por Florencio Varela, Cándido Juanicó, Francisco Araúcho, Manuel Herrera y Obes y Juan A. Gelly; y en que el relator fué Juan Bautista Alberdi. Los premios fueron entregados a los triunfadores en función solemne en la "Casa de Comedias", — en donde más tarde se construyó el "Teatro de San Felipe y Santiago", hace unos años desaparecido. Naturalmente, el tema enredor del que giró la inspiración de los poetas, fué la libertad ausente y la comparación de las circunstancias que atravesaban con los días jubilosos de mayo de 1810. Domínguez decía:

"Ser libre! — sin miedo decirse, — soy dueño
Del lecho en que gozan mis hijos el sueño,
Del lienzo que visten, de un mísero pan.
Y horribles presagios no estar entre el pecho
gritando sin tregua: tus hijos sin lecho
sin pan y sin lienzo mañana estarán!"

Y Juan María Gutiérrez, terminaba así su poema que mereció la máxima recompensa:


ESTEBAN ECHEVARRIA

"Suenan hoy en las liras, inspirados
Himnos al mes de gloria y libertad,
Y los oyen los hombres admirados
Pendientes de su gracia y majestad.
Y yo también, sobre la sien de Mayo
Quise una flor humilde deponer:
La mano del dolor la arrancó al tallo
¡Que otra ofrenda el proscripto ha de [ofrecer!"

Los intelectuales argentinos encontraron en Montevideo el clima adecuado a sus ánimos angustiados por la injusticia y la persecución, y la esperanza de días mejores. El gobierno de la Defensa, — agrupado enredor de la figura patriarcal de Don Joaquín Suárez, — estaba compuesto por hombres cultos que amaban todo lo que Palermo odiaba, y entre los cuales había juristas, historiadores, sociólogos, poetas y soñadores, todos ellos alimentados por el amor inextinguible a la libertad. Entre todos ellos se destacaba, aunque muy joven, Don Andrés Lamas, Jefe de Policía administrativamente, pero en realidad palabra y bandera del ideal. Melchor Pacheco y Obes era un poeta en acción, y la fuerza inmensa de su personalidad se puso de manifiesto años después de comenzar el sitio, cuando logró subyugar a París con su valentía y su elocuencia. Santiago Vázquez y Manuel Herrera y Obes, eran internacionalistas de fuste, hombres formados en el estudio de los libros y en la práctica de los placeres espirituales. Francisco Acuña de Figueroa era el representante auténtico de nuestra poesía clásica, de la que se libertaba la nueva generación representada por el malogrado Adolfo Berro, el inquieto Juan Carlos Gómez y Alejandro Magariños Cervantes, que guerreaba contra Rosas y Oribe desde una Europa convulsionada. Don Lorenzo Batlle, que había frecuentado universidades europeas, era un escritor galano, como lo comprueban sus páginas de historia, especialmente las referentes a la vida de Melchor Pacheco y Obes. Las armas y las letras, como en el inmortal discurso de Don Quijote, se correspondían armoniosamente en una misma finalidad. Las salas de redacción de los contados diarios y periódicos que aparecían en Montevideo en aquella época de tremendas penurias; la librería de Hernández situada en la calle del Portón; y las tertulias familiares, constituían los puntos obligados de reunión de escritores, poetas, panfletistas, políticos y "amateurs" de las Letras y de las Artes. La frecuencia con que solían atribar al puerto de Montevideo barcos extranjeros trayendo noticias, libros, revistas y periódicos de Europa, contribuía a mantener viva esa llama, proporcionándole generoso combustible; así como el contacto con muchos extranjeros cultos, — especialmente franceses e italianos, — residentes en la ciudad y que, como hemos visto, luchaban con tanta decisión y heroísmo en su defensa. El romanticismo en auge entonces en el Viejo Mundo, — Víctor Hugo, Byron, Espronceda, Heine, — se acomodaba perfectamente a las circunstancias trágicas que vivían los habitantes de Montevideo frente a un porvenir incierto, totalmente dependiente de la eficacia de sus esfuerzos. Más que una escuela literaria el romanticismo era una época, como sucede siempre en tiempos tempestuosos e inseguros en que el hombre parece abandonado a fuerzas sobre las que no ejercen control. Los que condenan al romanticismo acusándolo de exageración y sentimentalismo dan pruebas de no poseer ninguna imaginación, porque colocándolo en su tiempo se lo explicarían de inmediato, sin ninguna dificultad. La lectura del "Werther" de Goethe provocó a principios del siglo XIX, muchos suicidios. Hoy, recorremos fríamente sus páginas sin emocionarnos mayormente. Pero los suicidas de entonces fueron tan lógicos y comprensibles, como los indiferentes de ahora.

El único papel impreso que se publicaba en Montevideo en aquellos tiempos era el periódico, — diario, semanal o mensual, — ya que la modestia de los talleres y la falta de materiales obstaculizaba el desarrollo de otras empresas. Nuestra prensa recién se encontraba en su infancia, una infancia paupérrima pero alentada por nobilísimos ideales. No había aparecido aún la prensa informativa, y todo se reducía, — aparte de algunas noticias de carácter perfectamente administrativo y social, — a la propaganda política. El gobierno de la Defensa creó el "Boletín del Ejército" cuya aparición se inició en febrero de 1843 y cuya principal finalidad fué la de dar a conocer los hechos de índole militar, debidamente comprobados. De acuerdo con su primer editorial, "su lema invariable es la independencia del país de todo poder extranjero, que es la palabra de orden del Ejército y el artículo más hermoso de nuestra Constitución". "Los sitiadores — apunta De María, — carecían de imprenta para contrarrestar la ventaja de esta publicación. En junio se proveyeron de ese elemento estableciendo a su turno su boletín, a últimos de ese mes, llevando al pie "Imprenta del Ejército". El primer número apareció con el lema "Oribe, leyes o muerte", pero bien pronto lo sustituyó, desde el número 2, el "¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!" Al frente traía un jeroglífico representando un jinete con espada al hombro y una fortaleza ostentando la bandera argentina".

Los periódicos eran también, los únicos impresos a disposición de los poetas y escritores de la época. Así es que en ellos se encuentra casi toda la producción literaria de aquellos tiempos. La impresión de libros era una cosa inaccesible, y el que disponía de dinero podía mandar sus obras a las casas editoras europeas, especialmente a las de París. Cuando más, nuestras imprentas se arriesgaban con pequeños folletos, deficientemente presentados. Durante el primer año del sitio, sólo se publicaron en Montevideo dos diarios: "El Nacional", propiedad de José Rivera Indarte, que también lo dirigía, y que estaba dedicado, casi exclusivamente, a combatir a Rosas, y "El Constitucional", de programa más amplio y nacional, que dirigía nuestro primer historiador, Don Isidoro de María. Además la Legión Francesa tuvo su portavoz en "Le patricte", y los ingleses salieron en defensa de sus intereses con "The Britannia", dirigidos, respectivamente, por A. Decour y Adolfo Pfeil. También aparecieron "El tambor de la línea" y "El artillero de la línea", hojas de circunstancias que no duraron mucho tiempo. "En aquella época, — dice De María, protagonista y cronista de los sucesos, y por lo tanto perfectamente enterado de ellos, — el periodismo no había tomado el


JUAN MARIA GUTIERREZ.


FLORENCIO VARELA.


JUAN CRUZ VARELA.





CAZANDO ESTRELLAS

ANUNCIA METRO PARA EL VIERNES EL ESTRENO DE LA COMEDIA "CAZANDO ESTRELLAS" CON LA INTERVENCION DE VIRGINIA WEIDLER, EDWARD ARNOLD Y OTRAS ESTRELLAS DEL ELENCO M. G. M.

LA VOZ DE LA SANGRE

LA JOVEN ACTRIZ ANN AYARS TIENE A SU CARGO LA CREACION DE UN PERSONAJE IMPORTANTE EN LA PRODUCCION DE AVENTURAS DEL OESTE QUE EXHIBE ACTUALMENTE CINE METRO.



JUAN B. ALBERDI.



JOSE MARMOL.

vuelo que tomó después de la paz de octubre. Luchaba con los inconvenientes de la situación, habiendo vez de tener que usarse del papel pegado para suplir la falta del de la imprenta. La mayor tirada diaria, no excedía de 400 ejemplares, siendo el precio de la suscripción mensual, tres pesos, moneda antigua".

Días aquellos de lucha a muerte contra un tirano sanguinario y sus implacables tenientes; de riesgos y peligros continuos. de crueles persecuciones y terribles venganzas! Nada tiene de particular que la prensa estuviera impregnada de esas realidades y reflejara el clima circundante. En "El Nacional", Rivera Indarte publicó sus famosas "Tablas de sangre" haciendo el proceso de los espantosos crímenes cometidos por Rosas y sus sicarios. En la última, — aparecida en agosto de 1843, — se dió el total de asesinados por la dictadura, los que de acuerdo con los datos del panfletista argentino, ascendían, hasta entonces, — y faltaban todavía nueve años para la caída del régimen, — a 21.519 personas. "Los gobiernos de Rosas le cuestan al Río de la Plata, — agregaba, — veintiún mil quinientos diez y nueve habitantes, los más activos e inteligentes de la población; muertos a veneno, lanza, fuego y cuchillo; sin formación de causa, por el capricho de un solo hombre, y casi todos privados de los consuelos temporales y religiosos con que la civilización rodea el lecho de los moribundos. La emigración de familias argentinas que han huído de los gobiernos de Rosas y se han asilado en la República Oriental, en el Brasil, en Chile, Perú y Bolivia, no baja de treinta mil personas. ¡Qué precio tan subido cuesta a Buenos Aires la suma de poder público, la mazorca y el placer de estar gobernado por Rosas!" Hay que relacionar estas cifras con la reducida población que en aquel entonces albergaba la República Argentina, para estar en condiciones de apreciar en su verdadero alcance estas revelaciones de Rivera Indarte, no desmentidas por nadie. Calculando que la población fuera entonces un décimo de lo que es ahora, y estableciendo la respectiva comparación, una dictadura como la de Rosas, nueve años antes de su extinción habría provocado en nuestros tiempos, más de doscientos mil muertos y trescientos mil emigrados!

Las escuelas públicas no eran muy numerosas pero llenaban las necesidades de la época. El gobierno de la Defensa abrió dos nuevas: la "Escuela de niños de emigrados" y la "Escuela del Ejército", en las que eran atendidos los hijos de los habitantes de campaña refugiados en Montevideo, y los hijos de los soldados del ejército que defendía la ciudad. El estallido de la guerra contra Rosas y la invasión de Oribe habían paralizado por completo todas las iniciativas culturales en proyecto o en marcha. En su segunda presidencia, el general Rivera se había preocupado de ellas, nombrando una comisión especial para fomento del teatro. "El teatro, decía el decreto, no ha llenado todavía la misión que le corresponde de contribuir por todos los medios posibles a mejorar la educación pública". La comisión se constituía, "con el objeto de cortar abusos, dirigir y fomentar los sentimientos que poderosamente se prestan a la realización de las esperanzas y destinos nacionales". A mediados de 1840 se formó una sociedad por acciones para la construcción del teatro más importante de la América del Sur, el teatro Solís. Iniciadas las obras de albañilería hubo que paralizarlas durante varios años como consecuencia de la guerra y del sitio. Pero los habitantes de Montevideo contaban con algunas, aunque muy modestas, salas de espectáculo en las que frecuentemente se daban funciones cómicas o dramáticas, ya por aficionados o artistas residentes en la ciudad ya por compañías que llegaban del extranjero. Los montevideanos fueron siempre aficionados al teatro, y su público gozó de fama de entendido y severo durante mucho tiempo.

Los nueve años del sitio de Montevideo, representan en la historia de nuestra literatura, entonces incipiente, una de las épocas más brillantes y fecundas. La pluma tenía entonces, como siempre, tanta eficacia como las armas en la lucha contra la barbarie y, como dice Montero Bustamante en su ensayo sobre Andrés Lamas al hablar de la modestísima Librería de Hernández, punto de reunión de los intelectuales emigrados argentinos, "el tirano temía más a la trastienda de la calle del Portón que a los ejércitos de la Liga" Lo que se defendió en Montevideo, además de los sagrados atributos de nuestra nacionalidad en peligro, fueron los principios eternos y universales de la libertad y de la dignidad humanas, sin los cuales las sociedades no son más que rebaños de irracionales arreados por audaces o voluntariosos que se convierten en sus amos. El verbo, esa energía invisible y sutil que todo lo penetra, libró allí su larga y porfiada batalla contra las legiones de la reacción y las venció, como siempre. La jornada de Caseros no fué sólo la victoria de las armas sino también de las fuerzas espirituales que las mantenían enhiestas en los robustos brazos de los guerreros!

Alberto LASPLACES.

Marzo de 1944.



DOMINGO F. SARMIENTO.



ANDRES LAMAS.

WALT WHITMAN Y LA MAGIA DE LA SALUD

LA guerra norteamericana de secesión era cruenta y, en sus primeros años, no había sido muy favorable para los arrojados defensores de la Unión. Los secesionistas del Sur, aprontados desde el gobierno para la lucha, poseían los mejores recursos bélicos terrestres, y encima los unionistas del Norte (entre los que siempre hubo bastantes enemigos emboscados, empezando por la propia esposa del Presidente) lo trababan a Lincoln con indecisiones o con apresuramientos. De modo que las batallas resultaban especialmente costosas para las fuerzas democráticas. Al año y medio, Washington se hallaba ceñida por una cintura de hospitales de sangre atestados de enfermos y de heridos. En ellos se introdujo con toda abnegación Walt Whitman, llegado expresamente de Nueva York.

No era el gran poeta, ni fué oficialmente, nada: ni enfermero ni ayudante ni inspector. Ni extraoficialmente podía decirse qué fuese. Una especie de "misionero voluntario", bah. Empezó a ejercer una función propia, única, y no había denominación preparada.

En efecto se metió en los hospitales a consolar con palabras bondadosas a los heridos, a auxiliarlos en las necesidades que los enfermeros y los médicos y los sacerdotes o los pastores desatendían por inadvertencia o por menudas o por ajenas a sus facultades: les llevaba alimentos, tabaco, chucherías, les daba de comer, los entretenía con lecturas o con juegos, les escribía cartas a la familia o la novia, velaba sus sueños febriles o agónicos, les infundía con su sola presencia espléndida el anhelo de vivir.

Consiguió un modesto empleo público que sólo le exigía de dos a tres horas diarias de ocupación, haciendo escritos. Con el pequeño sueldo correspondiente y algunas entradas por colaboraciones en periódicos de Nueva York y Brooklyn, podía vivir en la piecita del tercer piso de una casa antigua, apenas con muebles, haciéndose él mismo la comida; y aun le sobraba para mantener a la anciana madre y para obsequiar a sus heridos.

No tardó en ser conocido y esperado en los hospitales. Todos los heridos reclamaban su confortante presencia, su palabra amiga, sus servicios, sus regalos. ¡Pobre de él, con lo pobre que era! Pero puso en juego las amistades y logró más de lo que esperaba.

Por medio de Emerson y de otros amigos influyentes, levantó colectas que llegaron a ser cuantiosas y que además le proporcionaron la dicha de comprobar que había gente, rica, sin duda, que daba con largueza el dinero sin querer dejar conocer su nombre siquiera. Por otra parte, ¡qué satisfacción para él ver que le confiaban anónimamente sumas importantes, con la seguridad de su honradez!

Todo lo entregaba Whitman a sus heridos. Como el horario de trabajo era escaso, le quedaba la mayor parte del día para ir a los hospitales. Ya de mañana se le veía entrar en las salas quejumbrosas con su recia figura, con su semblante alegre, con una bolsa repleta al hombro, con los bolsillos abultados, y ponerse en seguida a repartir conservas, dulces, cigarrillos, prendas de ropa, libros, papeles, juguetes, esperanzas varoniles, consuelos cariñosos, abrazos. Al rato, no le quedaban más que los abrazos, los cariños, las esperanzas para distribuir, hasta la tarde o hasta el otro día.



WALT WHITMAN. — MAYO DE 1819 - MARZO DE 1892.

Dice él mismo que recibió e invirtió para sus heridos, en dos largos años, miles y miles de dólares. ¿No es para creer que Whitman sabía suscitar el bien hasta en los ricos?

Pienso que todos los actos heroicos fueron concebidos al aire libre, lo mismo que todos los poemas libres,
Pienso que yo mismo podría irme al aire libre y realizar milagros,
Pienso que amaré todo lo que encuentre y que cualquiera que me mire me amará,
Pienso que todos los que veo tienen que ser felices.

Juan Swinton, uno de los Bohemios del restaurant neoyorkino de Pfaff (a los que que había pertenecido Whitman), que lo vió actuar en los hospitales de Washington, relató cómo al salir diariamente el poeta, de las salas blancas y rojas, se oía siempre a más de un héroe gritar: "¡Walt, Walt, Walt, ven, ven!..."

No eran solamente sus regalos y sus servicios lo que atraía a aquellos valientes postrados. Más que eso, era su presencia mágica lo que querían.

Con obsequios o sin ellos (y fueran los heridos blancos o negros, del Norte o del Sur, pues Whitman no distinguía razas ni enemigos); con la bolsa y los bolsillos repletos o vacíos, los héroes lo reclamaban, porque con tenerlo al lado ya sentían alivio.

Hay constancias médicas de las curaciones de Walt hasta en casos desesperados. ¿Por qué procedimiento, si él no había tomado un remedio jamás? Por el de la propia salud. "El secreto de sus curaciones —dice su gran biógrafo Bazalgette— consistía en una irradiación magnética de la salud y del buen humor".

Y no se trataba de un hecho inconsciente en Whitman. "Creo —le escribía a la madre— que la razón por la que puedo hacer algún bien en los hospitales, entre los muchachos enfermos de languidez o heridos, es que soy tan grandote y que me porto tan bien con ellos — realmente como un búfalo salvaje y peludo". Por lo demás, Whitman se preparaba para mostrarse así a aquellos muchachos.

Como era muy canoso y, siendo un destinado, no se desarrollaba dentro de la normalidad, antes de los 45 años parecía de más de 50 y le llamaban "old gray". Pero el "canoso", que nunca había estado enfermo ni indispuesto, era grande, ancho, recio, velludo, rosado, alegre; y todos los días, en seguida de levantarse bien descansado, se bañaba, se ponía ropa limpia, salía de casa contento y llegaba como de fiesta al hospital, lo que producía en los pacientes un efecto instantáneo.

¡Si supieran los médicos lo que alivia al paciente verlos sanos, limpios, alegres! Es de las cosas principalísimas del oficio que no les enseñan en la Facultad.

A pesar del deportismo de la vida contemporánea, aun no hemos vuelto a amar plenamente el cuerpo humano, las cabezas erguidas, los cuellos consistentes, los hombros separados y redondos, los bustos capaces, los brazos pesados, las cinturas prontas, las caderas restallantes, los muslos poderosos, las pantorrillas torneadas, los pies sustentadores y elásticos, el juego pacífico de los músculos bajo la piel, la dilatación del pecho en la respiración, la emanación sudorosa, el aliento tibio, el ademán que acaricia, el sonido de la palabra que nos habla, el rumor del roble o del pino o del álamo que viene, que pasa, que se aleja.

El cinematógrafo, con su alma apolínea, ha hecho algo por esto. Pero ha hecho más por las artes cosméticas que por la naturaleza misma; y en todo caso, lo que ha hecho ha sido más por la imagen que por la realidad.

La plástica humana, con sus formas en redondo, con el vello que griegos y romanos nos enseñaron a despreciar y a eliminar y es el ornato más digno y más afectuoso de la madurez; con un sencillo vestido blanco y burdo, que protege sin encubrir; con un desplazamiento sereno y ágil, y con un impulso sin prisa y sin dudas, es la magia de Dios en la Tierra.

Así, mago divino entre los hombres, andaba diariamente Whitman por los hospitales de Washington, devolviendo a la vida con su res maravillosa a los héroes que la ciencia, la religión y la caridad desahuciaban contritas... Grande, limpio, bien oliente, contento...

(Más de un soldado moribundo se reclinó en mi pecho para exhalar el último suspiro:
Esta mano, este brazo, esta voz han dado de comer, incorporado, reanimado,
Devuelto a la vida, a muchos cuerpos postrados)...

El siguiente certificado lo expidió el Dr. D. W. Bliss, cirujano en jefe del hospital del Armory-Square, uno de los más frecuentados por Whitman: "Según lo que yo personalmente sé de las tareas del Sr. Whitman en Armory-Square y en los demás hospitales creo que nadie de los que prestaron servicios a los heridos durante la guerra, hizo tanto bien a los soldados y al gobierno como el Sr. Whitman".

Y el poeta Whittier, el pontífice — que arrojó al fuego, al recibirlo, el libro de Whitman, **Hojas de Yerba** — no quiso ocultar su admiración por esta otra obra del mago... o del poeta, porque las dos son del mismo: del hombre.

"Un hombre es una intimación, un desafío". A la muerte, en primer lugar.

Al fin, el mago quedó envenenado, y tuvo que pagar con veinte años de invalidez su ejercicio de la magia de la salud. Pero ya no pudo impedir nadie que fuese el mago del cuerpo humano, como fué el mago del espíritu humano con su obra de poeta. El hombre unía íntimamente las dos, como el vértice une los dos lados del triángulo. Y el hombre que con su presencia mágica volvía a la vida a los agonizantes, con su estro mágico dijo: "Soy el poeta del Cuerpo lo mismo que el poeta del Alma". Por eso:

El lugar en que se levanta una gran ciudad no es sólo aquel en que se desparraman muelles, diques, fábricas, almacenes,
Ni el lugar donde incesantemente se saluda a recién venidos o se levan anclas para las partidas,
Ni el lugar de los más grandes y suntuosos edificios o de las tiendas que venden artículos de todo el mundo,
Ni el lugar de las mejores bibliotecas y escuelas, ni el lugar donde abunda el dinero,
Ni el lugar que tiene la más numerosa población.

Donde se levanta la ciudad con la más vigorosa laya de oradores y de bardos,
Donde se levanta la ciudad amada por ellos,
Donde los monumentos a los héroes están en las palabras y en los hechos de todos,
Donde la sobriedad tiene su sitio y la prudencia el suyo,
Donde los hombres y las mujeres hacen poco caso de las leyes,
Donde ha desaparecido la esclavitud y ha desaparecido el negrero,
Donde la masa se levanta unida contra la inevitable osadía de los dirigentes,
Donde fieros hombres y mujeres se echan a la calle, como el mar al silbido de la muerte desencadena sus impetuosas y rompientes olas,
Donde la autoridad externa aparece siempre precedida de la autoridad interior,
Donde el ciudadano es siempre lo más elevado y lo ideal, y el Presidente, el Intendente, el Gobernador y qué sé yo quiénes más, no son sino empleados a sueldo,
Donde a los niños se les enseña a forjarse sus propias leyes y a no depender más que de sí mismos,
Donde la equidad impera en los negocios,
Donde las especulaciones espirituales se ven estimuladas,
Donde las mujeres van por las calles en manifestación pública lo mismo que los hombres,
Donde ellas participan de las asambleas lo mismo que los hombres,
Donde se levanta la ciudad de los amigos fieles,
Donde se levanta la ciudad de la pureza sexual,
Donde se levanta la ciudad de los padres sanos,
Donde se levanta la ciudad de las madres con los mejores cuerpos,
Allí se levanta la gran ciudad.

José GABRIEL.

SOCIALES



ELSA RICHINO PANIZZA.

Tarzan



por EDGAR RICE BURROUGHS

DERRIBADO





















"PUBLICIDAD"

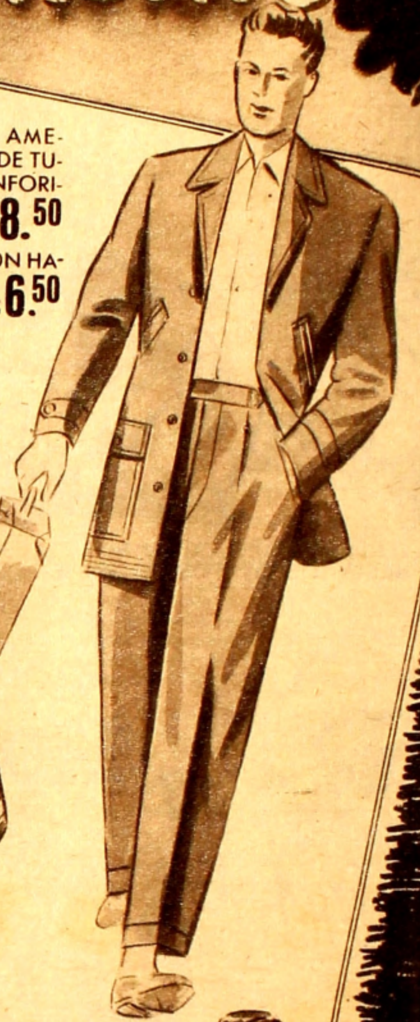
Casa Soler PARA TURISMO

SECCION HOMBRES



CAMISA CAMPING GABARDINA GRILLE . . $ 4.80
BREECHES CORTE INGLES HACIENDO JUEGO . . $ 7.40

CAMISA DE CAMPO BRIN INGLES AZARGADO $ 3.40
BOMBACHA PORTEÑA IGUAL CALIDAD . $ 5.20



SACON AMERICANO DE TUSOR SANFORIZADO $ 8.50
PANTALON HACIENDO JUEGO $ 6.50



SACO DE CUERO IMPERMEABILIZADO MOUFLON INTERIOR $ 27.00
PANTALON KASHA PURA LANA $ 6.00



PONCHO MANTA DE LANA $ 6.75
LIVIANO PARA POLVO . . $ 8.80



SACO SPORT MUY ELEGANTE DE PANA RAYADA Y FORRO SEDA $ 21.00



MAMELUCO SPORT FUERTE LINO TROPICAL $ 8.00



CAMPERA TUSOR DE HILO, BOLSILLOS MORRAL $ 5.60
PANTALON HACIENDO JUEGO $ 5.20



CAMISA CUADRO CHICO GRAN MODA FONDO DE COLORES $ 4.60

CAMISA SPORT CUELLO CONVERTIBLE EN ZARGA DE ALGODON $ 6.20



CAMPERA CUERO FLEXIBLE, FORRO PIEL DE CORDERO $ 23.00
BOMBACHA PORTEÑA TELA CUADRILLE $ 5.70

EN NUESTRAS TRES CASAS

SUC. CORDON	CASA MATRIZ	SUC. GOES
Av. 18 DE JULIO 1601	Av. AGRACIADA 2302	Av. Gal. FLORES 2341
Esq. CARLOS ROXLO	ESQ. M. SOSA	Esq. M. BERTHELOT

CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS PEDIDOS CONTRA REEMBOLSO